

VI. DOCUMENTOS. ¿INCAPACES DE RECONOCERNOS PECADORES?

Los conocedores del fenómeno religioso dicen que quienes vivimos en el Primer Mundo nos estamos secularizando cada día más, que hemos echado a Dios de nuestra sociedad y que hemos perdido la conciencia de pecado. Repiten, como argumento, las palabras de Pío XII: "Quizá el mayor pecado del mundo de hoy consista en el hecho de que los hombres han empezado a perder el sentido del pecado". ¿Será esto verdad? ¿Será cierto que los hombres ya no somos capaces siquiera de sentirnos pecadores?

Hemos pasado, aseguran otros, de una época en que "todo era pecado" a otra en que ya "nada es pecado". Por múltiples razones. Por entender que el pecado no es lo más negativo de la Historia, por autojustificaciones psicológicas y mecanismos de defensa, por la inclinación a ocultarnos a nosotros mismos nuestra realidad de pecadores (J. Sobrino) ¿Hasta ese punto de insensibilidad hemos llegado?

No lo creen así otros muchos que, si bien reconocen que en Europa existe una cierta "crisis de pecado", entienden que en otros sitios, en América Latina, por ejemplo, existe cada día una conciencia viva del "pecado de muerte" (González Faus). ¿No será que los hombres interpretan de otra forma la realidad del pecado? ¿No será que han descubierto otro sentido al pecado?

Parece, pues, que se ha dado un cambio de acento: se ha caído en la cuenta de la gravedad del pecado estructural. Pecado al que difícilmente escapamos unos y otros, ya que es responsabilidad de todos. En la actual coyuntura de la inhumanidad y egoísmo "todos tenemos las manos manchadas", que diría Sartre. El pecador en este caso, "es el colaborador con la injusticia estructuralmente fundada, la mayoría de las veces anónima".

La sensibilidad humana y cristiana descubre de esta forma nuevos pecados, inclinaciones de los hombres que tienden a contraponer a! "Dios de la vida" sus "ídolos de muerte". ídolos que reclaman una veneración absoluta, que fanatizan y esclavizan que reemplazan a Dios, ídolos que se materializan en el afán desmedido de riqueza y de ganar dinero, en el poder ejercido despóticamente, sin respeto a los derechos de los demás, en la violencia desencadenada como venganza o represalia en ¡as injusticias, atropellos, etc. Ídolos que nos seducen y arrastran hasta un cierto punto, o de forma total y absoluta, pero de los que algún que otro momento de lucidez y sinceridad quisiéramos renegar.

La difícil conversión. Convertirse ¿a qué y para qué?

He aquí la cuestión que se plantea hoy día a numerosos jóvenes: ¿qué sentido tiene convertirse?, ¿de qué sirve? ¿a qué conduce? Pues no parece razonable dejar de ser como uno es, a menos que se descubra otra forma mejor de ser,

La objeción tiene verdadero peso cuando es contemplada dentro de una sociedad que se considera satisfecha de sí misma, que no se confronta a ningún ideal superior, y que, por consiguiente, se da la razón a sí misma de cuanto es y de cuanto disfruta. En un contexto así no vale la pena plantearse las cosas de otra forma.

En cambio, si las personas no se resignan a este "muermo", si no quieren sentirse medio muertas sino vivas, entonces la cosa varía. Y varía hasta el punto de querer llegar a ser otra cosa, de querer vivir de otra manera.

Y sobre todo, si uno se abre a otro horizonte, si contempla otra forma de vida, si por la fe logra entender el proyecto de vida que Dios tiene, si descubre en Jesús de Nazaret la mejor forma de vida que vivirse pueda, entonces es más que probable que empiece por reconocer la propia masa, el propio barro, que no es precisamente perfecto y acabado, sino débil y moldeable, y que termine reconociendo la espiral de pecado y de muerte en la que se encuentra atrapado.

De la débil conciencia de pecado o de la sensibilidad ante el pecado estructural podemos preguntarnos obviamente también a nosotros mismos. Podemos-y conviene que lo hagamos- compartir nuestras experiencias de perdón y de reconciliación, si las hemos tenido, y, en caso contrario, nos será útil manifestar si las echamos en falta y si sentimos o no necesidad de ellas. Y más aún, ¿seremos capaces de reconocernos pecadores y de proclamar que nuestra vida puede ser de otra manera? ¡Vamos a intentarlo!

Ofrecemos ahora un resumen adaptado del tema de la conversión que nos presenta Secuudino Movilla en su libro ANIMACIÓN DE GRUPOS EN PROCESO:

LA EXPERIENCIA DE LA CONVERSIÓN

Muchos de los jóvenes de nuestros grupos lo primero que han experimentado es una especie de conversión previa a la llamada conversión cristiana. Trataría de mejorar su propia vida por influencia del grupo o por no defraudar a quienes esperamos de él un cambio de actitudes. Es válido, pero completamente insuficiente. Terminaría siendo auténtica si arrancara todo el proceso de conversión continuada.

El catecumenado de J.M.V. como el de la primitiva Iglesia debe ser un espacio de acogida fraterna, catequesis continua, explicación progresiva de los misterios de Dios, aprendizaje gradual y de entrenamiento en la praxis cristiana. Como en aquel, el de nuestro movimiento ofrece la oportunidad de madurar, consolidar y profundizar su conversión inicial, que ¡legará a ser "conversión primera radical" cuando haya cambiado radicalmente de vida y haya optado decisivamente por los valores que ofrece el Evangelio y la fe.

DIOS TIENE LA INICIATIVA...

Él es quien nos busca incesantemente, hace lo posible para que, con su misericordia, nos volvamos a él; nos educa, como a Israel a que caminemos en fidelidad. Este es el origen de nuestra actitud de conversión, por eso no cesamos de pedir: "reclámanos a ti, oh Dios, y nos convertiremos" (Lamentaciones 5, 91). En los profetas, Dios se prodiga en iniciativas de acercamiento al pueblo que le ha sido infiel, intenta purificarlo, alimenta la esperanza de otra alianza y le muestra un recorrido de libertad. Es la misma actitud del padre del hijo pródigo: es Dios quien nos convierte, es gracia suya, iniciativa de su bondad.

PERO EL HOMBRE LA RESPALDA

La conversión es una res-puesta responsable a una propuesta divina, dice L. Boff. Esta conversión gira en torno a tres puntos:

—AL REINO Y AL SEGUIMIENTO DE JESÚS: "convertirse al seguimiento de Jesús es dar respuesta afirmativa al ofrecimiento divino de la salvación. Se trata de entrar en le gran proyecto de Dios para salvar la vida humana" (Carta pastoral de los Obispos, Cuaresma 85). O, como sigue diciendo el teólogo brasileño "pro-seguir su obra, per-seguir su causa y conseguir su plenitud". Así se producen unas relaciones transformadoras de la realidad personal y social que concretizan ya las del Reino; la conversión no es, pues, condición del Reino, sino "inauguración, presencia y actuación" del mismo en la historia.

—A LA HISTORIA Y AL HOMBRE, A LOS POBRES Y AL FUTURO: convertirnos a esto es ver la realidad desde la perspectiva de la encarnación, desde las exigencias de la fe, sin replegarse a lo privado, sin evadirse... porque la realidad es el lugar de la cita con Dios, el contexto donde se manifiesta su voluntad, como lugar preferente de esa historia están los Pobres, lugar más apto para vivenciar la fe en Jesús y para mejor practicar su seguimiento: "...sin la presencia y la gracia de Dios que

se nos da en los Pobres y a través de ellos, no hay posibilidad de conversión" (Ellacuría, 1984).

Desde esta perspectiva, la historia tiene un futuro lleno de esperanza: "el nuevo futuro de Cristo actúa históricamente en el descubrimiento de lo negativo del pasado y de los pasajero, y de su superación" (Moltman, teólogo de la esperanza).

—A LA COMUNIDAD CRISTIANA: Quien quiera que acoge en su vida el don de la fe y se convierte, se adhiere principalmente a una comunidad de creyentes cuyo papel es decisivo en la experiencia de la conversión como señala Borobio: "nos convertimos en la Iglesia (pertenencia), por la Iglesia (mediación) y para la Iglesia (comunión)". Bien claro se percibe este dinamismo en la primera predicación apostólica, cuando quienes se convertían se iban agregando día a día a la comunidad. La conversión es una invitación a vivir en comunión, pues en ella, el Espíritu se deja oír en beneficio de todos (1 Coi' 12, 4-11).

El apoyo y el cariño recíproco, la preocupación por los más débiles, la alegría compartida, el perdón, el esfuerzo por ayudarse a ser mejores a través de la exhortación, de la corrección fraterna, de la revisión personal y comunitaria.., son las vías por las que accede el Espíritu a la comunidad y la abre a la problemática exterior y a los problemas de los hombres, sensibilizando y concienciando a cada uno de los miembros para colaborar en la construcción de un programa conjunto de acciones encaminadas a resolverlos.

Esta faceta de la conversión tiene que llevar irremediablemente a quienes se embarcan en un proceso catecumenal, como los jóvenes de J.M.V. a la elaboración de un proyecto común y otro personal donde quede explícito el compromiso social; *máxime* cuando el espíritu vicenciano en el que se inspira tiene a éste como finalidad.

LA CONVERSIÓN CRISTIANA ENTRE LOS JÓVENES

El nivel de madurez personal, el contexto de desarrollo, el talante particular,... condicionan la vivencia de la conversión. La de los jóvenes reviste características especiales que no la hacen ni mejor ni peor que otras.

Por experiencia sabemos que nuestros jóvenes, encerrados en su mundo interior, contagiados de hedonismo y subjetivismo, se abren con dificultad a las influencias externas a ellos. Su predisposición para advertir la presencia transformante de Dios en sus vidas apenas existe y son poco sensibles a la hora de escoger a este Dios. Nuestro movimiento, por su propio dinamismo puede favorecerles una experiencia de encuentro en la que

descubran la presencia de Dios en sus vidas y les anime a empezar a ser de otra manera.

La persona de Jesús sí les suscita simpatía y admiración, por eso hay que aprovechar esta semilla para hacerles profundizar en los valores que le movieron a él, en sus actitudes, su mensaje exigente, para tomarlos como modelos que rijan el comportamiento de los jóvenes. Es aún más efectivo abrirlos a los valores del Reino, porque coinciden con sus propias utopías: el horizonte del Reino es algo que convierte y atrae la voluntad juvenil. Hemos de poner cuidado en que motiven sus decisiones prácticas.

San Vicente supo leer críticamente los acontecimientos históricos de su tiempo y nosotros hemos de iniciar a nuestros jóvenes en la lectura crítica de su realidad desde la perspectiva creyente, para que se traduzca en conversión y compromiso. Aprovechemos su sensibilidad hacia lo que significa marginación, injusticia, violación de derechos humanos, pobreza...

Desde la situación de inquietud ante un futuro negro e incierto que tanto, les paraliza y acobarda necesitan creer y experimentar que el futuro es posible, y por eso la conversión a un Dios que abre futuro es un paso fácil de dar. Por su juventud les es más fácil vivir la conversión como algo a lo que hay que tender y no como algo de lo que hay que apartarse,

El rasgo más característico de la conversión juvenil es la de ser vivida como riesgo, búsqueda, apertura a la novedad gratuita y sorprendente, sintiéndose en la línea de conversión querida por Jesús en las parábolas del Tesoro escondido y de la perla preciosa.

Les resulta fácil entender las exigencias de conversión desde o a partir de las exigencias de pertenencia al grupo y de implicación en él, o porque para ellos convertirse consiste las más de las veces en salir de sí mismos e identificarse con el grupo o comunidad. Oye a Dios en los pequeños signos de la del grupo.: en el afecto, la sinceridad, la confianza... que se precisan para superar los conflictos. La exigencia dura y tajante que les piden más de lo que piden o quieren dar, los "repasos", pedirles que se definan, que cambien, en una palabra... no son siempre pedagógicamente acertados porque no ven en ello un signo de Dios.

La comunicación en los grupos no es fácil, principalmente al comienzo; ya en esta SEGUNDA ETAPA se les supone un gran entrenamiento y hay que hacerles ver que es muy beneficiosa para hacer madurar a las personas, para que sepan responder a llamadas cada vez más exigentes, en definitiva, para abrirse al Dios de la comunicación, que invita a convertirse.

PELIGROS DEL GRUPO QUE INFLUYEN EN LA CONVERSIÓN

1- CONVERTIRLO EN "ISLA DE FELICIDAD", refugio ante la intemperie del ambiente exterior. Es cierto que el grupo es gratificante, pero debe invitar, si es verdaderamente cristiano, a vivir en tensión permanente para la consecución de los valores del Evangelio y el Reino. ¡Atención a los catequistas que fomentan el narcisismo de su grupo- comunidad!

2- AUTOSUFICIENCIA: exige de parte del catequista una gran humildad que contagie al grupo de una sana sensación de insuficiencia; esto facilita la apertura a otros grupos y personas que les ayuden, y, consiguientemente, los hace dóciles a orientaciones que les vengan de fuera del grupo.

3- CRISIS DE RELEVANCIA: es preciso, cuando un grupo es suficientemente maduro, establecer unos compromisos que les lleven a la acción externa. Esta puede o no satisfacer sus ilusiones, pero no se trata de eso sino de responder a problemas concretos con soluciones válidas. Los catequistas hemos de ser realistas en el enfoque de lo que es la acción, el servicio,... porque no siempre es gratificante, pero no por ello es menos válido.

CONVERSIÓN Y PROYECTO PERSONAL

No podemos separar ambos términos sin desvirtuar cualquiera de ellos. Ya es tradición en nuestro movimiento el que cada joven, ayudado por el catequista, una Hija de la Caridad o un Padre Paúl tenga su Proyecto Personal al día.

Ha de ser un Proyecto realista y que abarque todas las facetas de la vida del joven. Remito a los catequistas al libro de INICIACIÓN Y PREVIA donde se ofrece un modelo.

El tema de la conversión es una buena oportunidad para revisar ese proyecto y actualizarlo, para enfocar objetivos y líneas de acción desde lo que se ha profundizado.